

La crisis cultural en un mundo globalizado

MÓNICA PULGAR LANZACO

Introducción

La globalización, como fenómeno inherente a la posmodernidad¹, se erige como la estructura soportante del nuevo orden mundial. El cambio de paradigma que experimenta esta época provoca diversas reacciones culturales derivadas de las contradicciones internas del sistema. Al tiempo que nacen voces que aclaman eufóricas la globalización cultural, surgen otras que reniegan por completo de esta nueva realidad.

No obstante, no es mi intención radicalizar ni el tono ni el estilo del presente ensayo, sino plantear un análisis que arroje perspectiva, despierte el juicio crítico y estimule la vitalidad de la acción. Se constituye, pues, como una manera de alentar el debate sujeto a las reglas del respeto y la *bona fide*, en cuya aspiración se encuentra el planteamiento de estrategias efectivas de progreso. Sólo así podremos ofrecer resistencia a un Nietzsche convencido de que “el mundo verdadero, al final, se ha convertido en fábula”.

El objetivo consiste, pues, en llegar hasta las raíces de una nueva conciencia del mundo que, sumida en la más absoluta confusión, demanda de inmediato luz y claridad². Para ello, se presenta necesaria la realización de un

1 Término empleado por el historiador Arnold Toynbee para definir la época de Occidente posterior a 1875. Otros autores utilizan terminología distinta: etapa moderna tardía (Giddens), moderna segunda (Beck), sobremoderna (Balandier). Información consultada en BAUMAN, Z. *La Globalización. Consecuencias Humanas*. México: Ed. FCE, 2001.

2 Respecto al análisis e interpretación de esta nueva conciencia del mundo cabe citar el conocido debate entre Huntington (choque de civilizaciones) y Fukuyama (fin de la historia ante una globalización incompleta). Para mayor ampliación, véase: HUNTINGTON, S. *El choque de las civilizaciones: y la reconfiguración del orden mundial*. Ed. Paidós Ibérica, 1997; FUKUYAMA, F. *El fin de la historia y el último hombre*. Ed. Planeta, 1992.

análisis a partir de la vinculación existente entre la globalización y la cultura posmoderna. Por de pronto, es efectivo que la globalización cultural está íntimamente unida a la fuerza vital del sistema capitalista mundial.

Brünner nos recuerda que, “mientras el concepto de globalización procura dar cuenta de la novedad de un capitalismo que ha extendido sus límites hasta los confines del planeta, envolviéndolo en la lógica de los mercados y las redes de información, la idea de la posmodernidad pretende expresar el estilo cultural correspondiente a esa realidad global”³. Por tanto, la cultura posmoderna conforma el *Zeitgeist*, el espíritu de la nueva era de la globalización.

La posmodernidad, cuya esencia parece difícil de definir con precisión, es referida por Lyotard como “el estado de la cultura después de las transformaciones experimentadas por las reglas del juego de la ciencia, la literatura y las artes a partir del siglo XX”⁴. Un estado de la cultura que, sensiblemente deteriorado, se tambalea ante la fragilidad de un pensamiento débil (Vattimo) y lo deconstructivo (Derrida)⁵.

Dicho decaimiento muestra cercana relación con un capitalismo liberal que promociona fervientemente la globalización como medio de su propia expansión. El coste de su éxito es sin duda un factor decisivo en la eliminación del aura de la cultura⁶. Y es que la globalización cultural se identifica con la ausencia de un centro de gravedad -factor causante de profundas modificaciones en la dinámica del tiempo y el espacio-.

La resultante desmaterialización de ambas dimensiones propicia la entrada en un relativismo que elimina las esencias y sustrae la interioridad propia de toda identidad cultural. Ello da lugar a una posmodernidad que, sumida en el nihilismo, está destradicionalizada, desterritorializada y es “autoconsciente de destejer e ‘historizar’ de todo lo que haya existido...”⁷.

Todavía más, “ni el trans, ni el multi ni el inter, sino el hiper caracteriza la constitución cultural de hoy. Las culturas, entre las cuales tendría lugar un inter o un trans, pierden sus fronteras, son acercadas, desespecializadas hacia una *hipercultura* [...] Es la yuxtaposición sin distancia de diferentes formas culturales⁸. De este modo, la sobreacumulación de informaciones, la condensación del tiempo y el espacio, y la conexión a través de la revolución

3 BRÜNNER, J. *Globalización cultural y posmodernidad*. Chile: Ed. F.C.E, 2002, pp.11-12.

4 BUENO PIMIENTA, F. *Sobre experiencia estética. Fundamentos y actualidad*. Madrid: Ed. Universidad Francisco de Vitoria, 2011, p.113.

5 *Ibíd.*, p.123.

6 Terminología extraída de: HAN, Byung-Chul. *Hiperculturalidad*. Barcelona: Ed. Herder, 2018.

7 BRÜNNER, op. cit., p.20.

8 HAN., op. cit. p.83-84.

tecnológica de las comunicaciones, se constituyen como rasgos definitorios de una realidad global en la que se pretende sustituir el verdadero intercambio cultural por la construcción de una única cultura.

Por otro lado, es dable recordar que, frente a un capitalismo industrial basado en la producción, la nueva etapa post-industrial basa su fuerza en la transmisión, la información y el conocimiento. Los términos globalización y cultura quedan entonces ligados al obsceno *marketplace* de la industria cultural.

Así pues, la cultura posmoderna -víctima de la sociedad de consumo- ejerce voluntariamente una violencia plasmada en una autoexplotación. Sometida a un profundo relativismo, se ha visto desnaturalizada y ahogada en sí misma ante un exceso de positividad. “Porque una vez que el mundo se vuelve pura cultura ya no tiene un detrás; solo hay superficies -textos, lenguajes, imágenes- interpretables. Más bien, lo que se requiere es comprender la experiencia en un mundo tal. Donde todo parece fluir y ni siquiera los puntos de vista logran sostenerse en pie”⁹.

Como no podía ser de otra manera, el utilitarismo neoliberal no basa su fuerza en la optimización de la cultura hacia el progreso humano, sino en su decaimiento para la manipulación y control de las masas. En efecto, la cultura posmoderna produce “incertidumbres manufacturadas” (Giddens) y “miedos derivativos” (Bauman).

Sumado a todo ello, podríamos añadir otros atributos que caracterizan a la globalización cultural: el congelamiento de las ideologías, el colapso de las jerarquías culturales... Todavía más, “el clima espiritual posmoderno es esencialmente no épico, carece de perspectiva, le falta profundidad, no tiene noción de centro, abomina de las jerarquías, es intrascendente, valora la vulgaridad mas que la distinción, se aparta de las grandes instituciones, desconfía de la verdad e ironiza en vez de creer”¹⁰.

Antes de proseguir, cabe mencionar que la dureza de las reflexiones aquí expuestas no pretenden crear un escenario oscuro y pesimista, sino presentar una crítica constructiva como instrumento de evolución y progreso¹¹. Judt está en lo cierto cuando proclama que “la liberación es un acto de voluntad, y no podemos reconstruir nuestra lamentable situación si no estamos lo bastante indignados por nuestra condición presente”¹².

9 BRÜNNER, op. cit., p.20.

10 *Ibíd.*, p.128.

11 Dicho sea de paso, una crítica destinada a una realidad -por definición, densa- que resulta admirablemente pesada cuando se asume con responsabilidad.

12 JUDT, *T. Algo va mal*. Madrid: Ed. Taurus, 2011, p.156.

Al decir de Bauman, “la globalización se refiere, según el discurso actual, ante todo a los efectos globales, claramente indeseados e imprevistos, más que a iniciativas y emprendimientos [...] La globalización no se refiere a lo que nosotros, o al menos a los más ingeniosos y emprendedores, queremos o esperamos, sino a lo que nos sucede a todos”¹³.

¿Actuar o dejarse llevar? ¿Universalizar o ser globalizado?

Argumento central: causas

Pérdida de un centro estabilizador

El análisis recién planteado no es sino una imagen superficial de la globalización cultural; proyección de la verdadera causa que subsiste tras una realidad dominada por la apariencia y la impostura. Según Han, el foco central reside en la falta de gravitación de sentido, en la falta de un sostén que dé estabilidad al mundo. Ello produce una fragmentación temporal reflejada en la “desincronía” de una era que, aturdida, camina sin rumbo ni meta¹⁴. La cultura pasa a ser un espacio sin centro donde predominan las conexiones en un tejido siempre flexible y cambiante.

Para comprender dicho panorama, es indispensable remontarnos a la caída del cristianismo. Ello no sólo supuso la ruptura de la hegemonía moral en Occidente, sino que cambiaría la propia dinámica de la historia. El pulso fue perdido frente a los ideales de progreso que sostenía el discurso de la Modernidad. La teleología sustituye a la teología, de manera que el progreso humano se seculariza y pasa a ser guiado por la fe profana; deja de fundamentarse en Dios.

No obstante, “la historia, como historia de la salvación, sobrevive a la secularización en forma de una historia del progreso mundano. La esperanza de salvación religiosa da lugar a la esperanza mundana de la felicidad y la libertad”¹⁵.

El despertar de la razón hizo que el hombre tomase por primera vez consciencia de sí mismo, pecando de soberbia al intentar eclipsar la figura de su Creador. La razón no sospechó que “el escepticismo siempre se ha considerado una enfermedad de la madurez”¹⁶. Así, el hombre quiso ser Dios en un

13 BAUMAN, Z. *La Globalización. Consecuencias Humanas*. México: Ed. FCE, 2001, p.81. Sin embargo, no podemos olvidar que algunos discursos actuales abogan por profundizar en la globalización; no lo ven únicamente como algo que “nos pasa” sino como algo que hay que buscar.

14 Reflexión inspirada en HAN, Byung-Chul. *El aroma del tiempo*. Barcelona: Ed. Herder, 2018.

15 *Ibid.*, p.52.

16 SANMARTÍN, N. *El Despertar de la Señorita Prim*. Barcelona: Ed. Planeta, 2017, p.302.

mundo que a partir de entonces sería por él diseñado ante todo rechazo a la repetición y a lo predeterminado.

De esta forma, la Modernidad trae la idea de que el hombre es el centro del universo, lo que pasará a ser patrimonio del pensamiento occidental. A raíz de la interiorización de este principio, el individuo se sitúa sobre un plano superior desde el que “contempla” una realidad que puede moldear, controlar; en la que el teocentrismo que situaba a Dios en el centro de todas las cosas, queda relegado ante el predominio de la razón basada en esa verdad absoluta proclamada por Descartes “Cogito, ergo sum”.

En todo caso, el hombre se hace fuerte con Dios¹⁷, no en Él. Dios ya no escribe su historia, sino que el hombre se cree único dueño de su destino. Pero, la figura del hombre posmoderno, endiosada por sí mismo, ha sido superada por la propia realidad, de la cual no es dueño sino parte efímera y mortal.

Pese a todo, la mochila de la Modernidad no venía vacía. El discurso teleológico tenía un proyecto, un sentido que dotaba a la historia de cierta narratividad lineal. La tarea que esta época creyó suya acrecentó un ímpetu que demandaba la aceleración de su cumplimiento. “La Modernidad, en efecto, tenía basamentos sólidos; una geometría racional. Tenía un proyecto, el de las luces y la emancipación. Tenía dirección y seguridad en sí misma. Se sabía desde el comienzo que estaba llamada a expandirse a todas las naciones, en virtud de su intrínseca razón. Kant y Hegel nos daban confianza; sus epígonos ya no”¹⁸.

Pese a haber sufrido la perversión que estaba ya en la esencia de su surgimiento, el espíritu de la Modernidad no abandonó la lucha por alcanzar una meta en la que creía firmemente. No obstante, el fracaso resultó inevitable... “y va ocioso el caballero, sin peto y sin espaldas/ va cargado de amargura/ que allá encontró sepultura/ su amoroso batallar”¹⁹.

Tanto la caída de la teología como el posterior desplome de la teleología supondrían la entrada en una posmodernidad carente de un legítimo discurso histórico-cultural. La pérdida de sentido y lo fragmentario irrumpen con fuerza en una nueva realidad que pretende eliminar la nostalgia del todo y la unidad. “Si el absoluto es negado por ser considerado como una ilusión moderna, lo único que parece quedar es la actitud interior de poder sujetar y poseer una visión auténticamente subjetiva, y por tanto, a juicio de los post-

17 Cuando no pretende alcanzar la fortaleza sin o contra Él.

18 BRÜNNER, op. cit., p.17.

19 Extrapolación del fragmento del poema “Vencidos” (León Felipe). En su sentido originario, fue dedicado a los republicanos tras su fracaso en la Guerra Civil española.

modernos, verdadera: un fragmento del devenir de la existencia. Este aprehender nunca entendido como narratividad, pues el autor siempre mostro su desprecio por la narratividad de la pintura. Su pretensión es la de pintar el arte que se pinta a sí mismo”²⁰

Como consecuencia de todo ello, la sociedad actual se encuentra sumida en el más profundo materialismo propiciado por un sistema capitalista deshumanizado. El *Volksggeist* deja de aspirar a la verdad y la belleza como los más elevados ideales. Sencillamente suenan arcaicos. El continuo movimiento hacia ninguna parte, la negación de la realidad y el consumismo atroz hacen de la moral y la verdad una barrera, cuando no el principal enemigo.

“Naturalmente, no es difícil reconocer en las circunstancias presentes familiaridades en las situaciones precedentes, pero si hay factores propios específicos diferenciales: la banalización de los valores, la desnaturalización y el vaciamiento de las instituciones, y la manipulación de la verdad, y de la mentira. Una crisis de deconstrucción directamente derivada de los efectos perversos de la globalización y del creciente asentamiento de la post-verdad”²¹.

Efectivamente, cuando el hombre se aleja de la búsqueda del sentido y de la verdad, cuando establece una barrera sistemática con la naturaleza, cuando vive en una constante negación de la realidad, cuando faltan objetivos como los que tuvieron los griegos en torno a la polis o los cristianos en torno a su Dios, cuando queda debilitado y el Estado volatilizado, cuando se vuelve invisible ante el totalitarismo económico, cuando ejerce un voluntarismo extremo ante una realidad dominada por el nominalismo radical... Cuando todo ello ocurre, parece justo cuestionar si ese legado de la Modernidad ha influido en la construcción de una posmodernidad que, ligada a lo nuevo, a lo moderno, está necesariamente identificada con el verdadero progreso.

Respecto a la enumeración (de síntomas) recién expuesta, cabe tratar en mayor medida el tema relativo a la negación de la realidad -en cuanto que este factor se constituye como uno de los puntos clave de este ensayo-. Dicha negación, reflejo de la soberbia humana, encuentra su origen en la dureza que le supone reconocer su propia fragilidad. Emerge entonces el *Homo Deus*²², es decir, un tipo de hombre que cree no tener límites, que es capaz

20 BUENO, op. cit., p.58.

21 LANZACO, F “Patria Europa”. Fragmento del artículo publicado en 2017 y extraído de: https://www.fundacionemprendedores.com/observatorio_politico/opinion/patria-europa

22 Véase: HARARI, Y. *Homo Deus. A Brief History of Tomorrow*. Londres: Ed. Vintage, 2015.

de todo y puede con todo. Sin embargo, esta actitud se fundamenta en una falacia; en una ilusión adoptada por aquéllos que aun no se han sumergido en la verdad de la Creación.

Estos individuos, independientemente de la apariencia externa, experimentan una fuerte frustración interna producida por el choque con una realidad que, como seres limitados, no pueden controlar o trascender. Dicha frustración se supera al entender que la aceptación de la vulnerabilidad humana es precisamente lo que da lugar a su fortaleza. En este caso, abandonar la lucha contra uno mismo se convierte en una victoria. Esto se debe a la admirable valentía que conlleva aceptar su propia condición natural; toma de consciencia que le incita a concebir su vida como algo que hay que cuidar y potenciar en aras del progreso colectivo.

Lejos de asociar esta “rendición” con una actitud derrotista o pesimista de la propia existencia, este reconocimiento propicia un enérgico despertar del individuo plasmada en la alegría de ser. Es más, sólo entonces puede apreciarse la grandeza de pertenecer a una realidad que merece la pena embellecer, en tanto que “el sentido de la existencia humana es participar en la Creación”²³

“Reconocer los límites humanos para la comprensión y para la acción debe llevarnos, por tanto, a pensar y actuar con modestia, pero también debe hacernos pensar y actuar con responsabilidad. En la mitología los dioses actuaban con arrogancia y sin tener en cuenta las consecuencias de sus actos [...] Muchas veces los hombres han copiado esa actitud. Si aceptamos, en cambio, que somos meros animales racionales, habitantes de un ínfimo planeta, frágiles [...] entonces estamos obligados a actuar con responsabilidad. Esta idea fue desarrollada por el filósofo Hans Jonas, quien dijo que los humanos tenemos la responsabilidad ética de conservar el planeta finito y de preservar los tesoros de la vida”²⁴.

En suma, la globalización cultural estimula el frenesí del continuo movimiento hacia ninguna parte. La cultura no contempla ninguna obra; no se responsabiliza, sino que se esclaviza del “todo va” y del “nada permanece”. El clima de la posmodernidad distancia al hombre de Dios y lo aliena de la Tierra, es decir, destierra la vida humana. Pero, en la época de las prisas, la profundidad y la abstracción de pensamiento son simplemente una parodia. El hombre

23 ORTEGA, M. *Para Comprender el Mundo*. Madrid: Ed. Escolar y Mayo, 2014, p.84.

24 *Ibid.*, p.108.

vive de la ilusión de ser el centro, mientras que la aparente servidumbre a sí mismo no es sino una “técnica de dominación psicopolítica del régimen neoliberal”²⁵.

Convierte su amada libertad en una insoportable esclavitud.

Fragmentación del tiempo

Como ya ha sido señalado arriba, la posmodernidad va de la mano de grandes transformaciones que han influido en las dimensiones del tiempo y el espacio. La moderna organización de la polis sobre el modelo de las democracias modernas y la fragmentación del tiempo constituyen dos factores cardinales para la comprensión de la globalización cultural.

Con respecto a este último -a menudo pasado por alto debido al grado de abstracción que requiere- Han vuelve a arrojar lucidez cuando confirma que la falta de sincronía es consecuencia de la atomización del tiempo. El tiempo divaga desorientado, aturdido en una realidad despojada de sentido; un presente vacío sin rumbo ni meta. Ahora bien, es preciso reforzar la idea de que la causa inicial del desorden de nuestros días no sería la aceleración, sino la falta de un peso central de gravitación que proporcionaba el sostén de Dios o el ideal de progreso de la Modernidad.

Por tanto, el tiempo, como marco delimitador del contenido de la historia, parece ser un elemento clave de la crisis cultural en sí misma. Con cada nueva generación éste emite un aliento de esperanza infundido sobre los hombres, lo que no mengua su angustia al sospechar que la obra histórica se haya podido convertir en un ciclo cerrado -ante el dominio del discurso hegemónico-, que según Fukuyama, y en términos Hegelianos, se concibe como “el fin de la historia”²⁶.

La posmodernidad se proclama, en consecuencia, como esencialmente no épica, lo que incentiva la muerte de los grandes relatos y la ausencia de ideas nuevas. “El muy lamentado final de los grandes relatos es el final de la época épica, de la historia como intrigue, que dota de una trayectoria narrativa a los acontecimientos, y por medio de una relación, crea una significatividad. El final de la narración es, más que nada, una crisis temporal. Destruye cualquier gravitación temporal que pueda reunir el pasado y el futuro en el presente. Sin compilación temporal, el tiempo se desintegra”²⁷.

25 HAN, Byung-Chul. *Psicopolítica*. Barcelona: Ed. Herder, 2015, p. 33.

26 HUGUET, Andrés. “La tesis de Fukuyama sobre el fin de la historia”. Documento consultado en: <http://huguet.tripod.com/fukuyama.htm>, 1991.

27 HAN, *El aroma del tiempo...* p.77.

La narratividad, pues, propicia una tensión que construye un hilo conductor encargado de otorgar sentido a una historia lineal. Su ausencia, por otro lado, da lugar a una cultura pobre en horizontes y rica en fragmentación y pluralización. Ergo, sólo es posible imaginar dos escenarios; uno en el que la narrativa y la épica otorguen sentido a la vida humana y otro en el que ésta se desarrolle sin guía ni objetivo alguno... Ateniéndonos a éste último, el desorden y la falta de sentido se imponen en el espíritu de la época posmoderna.

Ello ha influido de manera acusada en una cultura que, además, se ha visto sometida a la lógica del mercado, y en consecuencia, vulgarizada y convertida en pura industria. La sociedad de consumo la convierte en uno de los instrumentos principales para la expansión del totalitarismo económico a través del proceso globalizador. La homogeneización y masificación caracterizan un tipo de cultura alejada del lugar, de lo propio -que ya no se corresponde con la unidad que propiciaba la idea de Dios-. En este sentido, Peter Handke, en concordancia con Nietzsche, declara que “en el tiempo posbíblico, Dios es llamado lugar”²⁸.

En definitiva, el esquema convencional de la cultura se desvanece ante la ausencia de los ejes de coordenadas clásicos. “Emerge un tiempo del punto o del acontecimiento que, a causa de su pobreza de horizonte, no es capaz de acarrear mucho sentido. El ser se dispersa en un hiperespacio de posibilidades y acontecimientos que, en cierto modo, en vez de gravitar solo dan tumbos. El arte hipercultural ya no trabaja por la verdad en sentido enfático (el sello de la verdad eterna se disuelve con el destierro de Dios) ya no tiene nada que revelar. Como esa religión *patchwork*, se expresa de modo multicolor y polimorfo”²⁹.

Por suerte, frente a las degeneraciones de esta nueva realidad global todavía surgen voces que ansían pertenecer a la resistencia. Una resistencia que al encontrar su inspiración en la dignidad y belleza del ser, sostiene -de acuerdo a la famosa frase de Chesterton- que “el verdadero soldado no lucha porque odia lo que está delante de él, sino porque ama lo que está detrás de él”.

Ha entendido que la recuperación de un centro es capital para devolver orden al tiempo y estabilidad al mundo; que la historia anhela la narratividad que le da vida y el sentido que le da un rumbo. Pero en fin, ¿qué otra cosa cabe esperar de aquellos que han despertado para contemplar la grandeza de existir y la potencialidad del ser humano? ¿Cómo iban a olvidar su responsabilidad para con la obra histórica?

28 Id., *Hiperculturalidad*. Barcelona: Ed. Herder, 2018, p.53.

29 HAN, *El aroma del tiempo...* p.77.

Sencillamente, son individuos que, frente a la vulgaridad, no exigen a la vida, sino que sienten que la vida ostenta toda legitimidad para exigir de ellos. El agradecimiento encuentra una de sus formas en la lucha incansable por la reeducación de la sociedad en aras del resurgimiento de la cultura y la desalienación del hombre. El sentir histórico de la época actual reclama una cultura crítica que construya y no destruya, que cuestione las fuerzas que la empujan hacia su decadencia.

Más aun, una cultura que en su tendencia natural a la plenitud, encuentre la dignidad de su razón de ser en la búsqueda de la propia elevación. Ahora bien, esta cultura no se sirve a sí misma, no se retroalimenta en su propio ego, sino que es guiada por su vocación de servicio a la humanidad.

¿Es esta idea factible para una posmodernidad que no se permite soñar su propia utopía?

Consecuencias. Crisis cultural

Relativismo cultural: crisis identitaria del Estado y nominalismo radical

El relativismo cultural se instaura ya como una de las perversiones más evidentes del sistema capitalista. La lógica del mercado, expandida a través del proceso globalizador, promociona este relativismo como símbolo de flexibilidad y pluralidad. ¡De pronto se convierte en un aliado de la libertad!

Esta tendencia, causante de confusión y desnaturalización, responde al nuevo slogan del todo vale. “Incluso las identidades perversas, y sus manifestaciones más inverosímiles, son rescatadas del campo clínico y expuestas como expresión de diversidad; nueva forma de un pluralismo que borra las fronteras entre enfermedad y sanidad, entre anormalidad y normalidad, y entre tolerancia y el repudio. La cultura del todo va encuentra allí una fuente inagotable de producción, y en los media, su principal escenificación”³⁰.

El amor intelectual se separa de la búsqueda de la verdad para expandir sus fronteras hacia la “libertad”. Lo nuevo sustituye a lo viejo, lo global sustituye a lo local. El concepto de esencia, al estar vinculado a la tradición y la estabilidad, queda tocado y hundido. Parece no aportar nada nuevo: nos recuerda al sabor amargo de lo rancio, de lo pasado de moda. La cultura respira un ambiente de pura comedia; un ambiente donde la falta

30 BRÜNNER, op. cit., p.128.

de lealtad y de fundamentos sólidos destierran la tragedia del mapa. Sin embargo, al igual que no hay belleza sin lucha, no hay comedia sin tragedia. El coste, aunque no quiera o pueda verlo, es su potencial degeneración hacia la nada.

Por tanto, “la verdad se ve sustituida por el pensamiento débil (G.Vattimo). Un conocimiento parcial y fragmentado que reniega de las metanarraciones o grandes cosmovisiones que conferirían sentido a los pueblos y sociedades: la noción de razón ha quedado debilitada [...] la noción de verdad ya no subsiste y el fundamento ya no obra, pues no hay ningún fundamento para creer en el fundamento, ni por lo tanto para creer en el hecho de que el pensamiento deba fundar algo”³¹. Efectivamente, ello tiene sentido en una posmodernidad en la que, según Lyotard, “el criterio de legitimidad es tecnológico, y no resulta pertinente para juzgar lo verdadero y lo justo”³².

Sumergiéndonos ahora en la esfera individual, el sujeto posmoderno ya no vive de dentro a fuera. Es decir, la sociedad moldea el carácter de un individuo que no tiene esencias orgánicas sólidas, y por tanto, éstas cambian continuamente según el grado de influencia ejercido. Ergo, el relativismo cultural afecta directamente al núcleo radical de la personalidad. Éste queda despojado de toda sustancia y se diluye en una dimensión de puntos sin centro. El esfuerzo por recuperar un centro estabilizador es demasiado duro para una cultura que no tolera el dolor. La verdad depende del ángulo desde donde se mire, la religión depende del Dios que “yo” me diseñe. ¡Depende!

Del mismo modo, el individuo pierde toda sensibilidad para consigo mismo, toda intimidad resultante de esa serenidad impropia de un mundo desenfrenado. La cultura del frenesí no permite la demora del ser, como tampoco permite el desarrollo de la propia personalidad³³. Por ende, la búsqueda de la propia verdad, de la razón de ser de uno mismo, queda condicionada por los patrones y caminos que establece el mercado.

El tiempo varía, la esencia permanece. ¿O es que la cultura actual abraza el opuesto? Más bien, podríamos decir que el tiempo se estanca y las

31 BUENO, op. cit., p.113.

32 *Ibid.*, p. 128; BUENO citando a LYOTARD, J.F. *La condición posmoderna...*, p.10.

33 “La sociedad contemporánea predica el ideal de la igualdad no individualizada, porque necesita átomos humanos, todos idénticos, para hacerlos funcionar en masa, suavemente, sin fricción; todos obedecen las mismas ordenes y, no obstante, todos están convencidos de que siguen sus propios deseos. Así como la moderna producción en masa requiere la estandarización de los productos, así el proceso social requiere la estandarización del hombre, y esta estandarización es llamada igualdad” y continua diciendo: “Hoy en día, igualdad significa identidad, antes que unidad”. FROMM, Erich. *El Arte de Amar*. Barcelona: Ed. Paidós, 2017, pp.30-31.

esencias desaparecen. “No habría por tanto, un ser radical de la persona, no habría una estructura íntima previa a los sucesos de la existencia e independiente de ellos. Estaríamos hechos, como la bola de nieve, con polvo del camino mismo que vamos recorriendo”³⁴.

Asistimos a una cultura light donde las medidas son determinadas por los propios individuos en función de sus circunstancias y reglas morales. Sentir a medias, pensar a medias, ser a medias. Lo fragmentario destierra a lo absoluto; el sinsentido reina en un mundo donde el culto a la debilidad se impone soberbio ante la fortaleza. Y el que -consciente de que lo importante no admite rebaja- reafirme con solidez sus convicciones, será tachado de radical. “La variedad de convicciones, o como dice Rorty, de “léxicos últimos” sería la ironía. “Dudas radicales y permanentes acerca del léxico último que utiliza habitualmente. No absolutizan sus léxicos, sino que están siempre preparadas para reformularlos”³⁵.

Por consiguiente, el individuo posmoderno, falto de ideales firmes que compongan el carácter, ya no se coloca en las primeras filas dispuesto a morir por la verdadera doctrina. Antes bien, se aleja del campo de batalla en su calidad de espectador. Ya no lucha, contempla su propia destrucción.

Llegados a este punto, es preciso profundizar en dos de los efectos de la relatividad cultural: la pérdida de identidad del Estado y el nominalismo radical.

Siguiendo el orden establecido, cabe sostener que del estado de crisis cultural -concluida como inherente al sistema, a ese “capitalismo tardío”³⁶- se llega a la crisis del Estado; proceso mediante el cual el individuo se debilita y el Estado queda volatilizado. Ello influye directamente en la identidad y cultura propia nacional. Los estados se tambalean sobre los debilitados fundamentos de su origen; pierden autoridad sobre sí mismos. Recelosos, adoptan el papel de policía en su obsesiva persecución de la ley y el orden.

No obstante, y refiriéndonos ahora al caso concreto de España, de poco sirven los esfuerzos en un Estado que sufre de una pronunciada falta de lealtad institucional... ¿quién será al fin el “valiente” que pare a los catalanes en su aventura independentista?

Volviendo al tema que nos interesa, la defensa del espíritu propio de cada nación queda silenciada ante el temor que despierta no encajar en el nuevo orden global. Los *mandados* estados intentan sobrevivir a base de

34 ORTEGA Y GASSET. *Estudios sobre el amor*. Madrid: Ed. EDAF, 1995, p.148.

35 HAN, op. cit., p.99.

36 HABERMAS, J. *Problemas de Legitimación en el Capitalismo Tardío*. Consultado en: <http://www.bioeticanet.info/habermas/ProLegCaTa.pdf>

uniones que, faltos del espíritu de unidad necesario, continúan burocratizando el mundo en la lucha por la supervivencia de intereses. Consecuencia de todo ello es la eliminación del acontecimiento de la diferencia y la creciente uniformidad -disfrazada de diversidad y multiculturalidad-.

Estamos ante una cultura posmoderna que ha desdibujado las fronteras eliminando todo límite o barrera que comprometa su querida libertad. Esta uniformidad produce una opresión que encierra nuevas formas de violencia; despierta la polarización de la sociedad en un intento por reafirmar la diferencia. Debido al efecto expansivo de la *hiperculturalidad*, ni las coacciones de unidad ni la identidad son la fuerza motriz de la globalización. Antes bien, se produce una creciente individualización.

Según Bauman, “la fragmentación política y la globalización económica son aliadas estrechas y conspiran juntas”³⁷. El mundo se ve así erosionado y condenado al desgarramiento de interminables conflictos. La desespacialización queda vinculada a un mapa en el que “no existen identidades aisladas: en un sentido importante no hay “sujetos” en absoluto”³⁸.

Antes de continuar, es preciso realizar una aclaración sobre dos realidades opuestas³⁹: la uniformidad y la universalidad. Esta última se identifica necesariamente con la dignidad del hombre y la elevación de la especie humana. Inspira un proyecto común que protege el acontecimiento de lo propio al tiempo que fomenta la integración. Las culturas respiran al comprobar que no se verán forzadas a renunciar a su personalidad. En cambio, la uniformidad pretende construir una imagen global dominada por lo plano, por lo igual. ¡No nos dejemos engañar! El discurso neoliberal no trae diversidad, trae homogeneización.

Frente a este panorama, resulta complicado no mostrar cierto desprecio al *laissez-faire* de aquellos que se dejan llevar por la mediocridad de las masas pasivas e incoloras⁴⁰. Es necesario, incluso urgente, llamar a superar la uniformidad empobrecedora que amenaza la diversidad y sirve a la neolen-gua del discurso hegemónico.

Sin embargo, no se trata de reaccionar con la misma radicalidad que el sistema. Lo primero es entender que el problema de la globalización no es la pérdida de la pureza de las culturas, ya que, pese a quien le pese, la cultura es todo antes que pura. De hecho, es precisamente su hibridez la que constituye la vitalidad de su esencia. No consiste, pues, en aferrarnos a la ideología

37 BAUMAN, op. cit., p.94.

38 NELSON, T.H. *Dream Machines*, Redmond, 1987, p.30. Citado por HAN, *Hiperculturalidad...*, p.19.

39 Apreciación inspirada en MAALOUF, A. *Identidades Asesinas*. Madrid: Ed. Alianza, 2012.

40 FERRERO, G. *Poder. Los Genios invisibles de la Ciudad*. Madrid: Ed. Tecnos, 1998, p.103.

Heideggeriana en toda su expansión, ya que, “si lo híbrido fuese ruido, entonces el mundo de Heidegger sería totalmente silencioso”⁴¹. La feliz sordera de una cultura -basada en una conducta excluyente- no contribuye a su evolución, sino a su retroceso.

Junto a la crisis identitaria del Estado, nos introducimos ahora a tratar el nominalismo radical. El lenguaje, como eficaz instrumento del poder, sufre de una falta de esencias que se ve reflejada en el vaciamiento de conceptos. Estos han perdido su clásica razón de ser ante una realidad aparentemente discordante. De este modo, el relativismo toma cuerpo en la desnaturalización del lenguaje: poderosa estrategia para moldear los sistemas generales de pensamiento. En efecto, favorece la manipulación y la obediencia de una masa cada vez más dócil y menos crítica.

Una vez más, insistimos en que esta crisis cultural aumenta en grado cuanto mayor es la separación del hombre con la naturaleza. De hecho, dicha ruptura propicia una realidad artificial que, delimitada por lo “políticamente correcto”⁴², es dominada por una racionalidad impuesta.

“Para que la degradación de su alma
El hombre pueda levantarse,
Con la vieja madre tierra
En alianza eterna entre”⁴³.

Su caída en la trampa del nominalismo radical le impulsa inevitablemente a convertirse en una pieza más de los juegos de esta sociedad, en la que el individuo es un peón con un papel meramente formal. Frente a lo que algunos proclaman, el lenguaje, como parte esencial de toda cultura, sí que importa. Asistimos a una posmodernidad donde las fronteras se mueven y los conceptos, según convenga, sufren continuas transformaciones.

Así, la desnaturalización del lenguaje contribuye a la construcción de una sociedad no armada intelectualmente para encarar los desafíos de nuestro tiempo. Y es que el mundo ha experimentado un decaimiento cultural tal, que el pueblo ha cedido a la manipulación y se ha puesto de forma voluntaria al servicio de un consumismo extremo -responsable del fin de la libertad personal-. Según Huxley, “La víctima de la manipulación de la mente no sabe

41 HAN, *Hiperculturalidad...*, p.37.

42 Sumado a la inminente vulgarización de la cultura, es significativo comprobar como la coexistencia del pluralismo de las diferencias se apoya en el principio de control de lo políticamente correcto -mecanismo de manipulación basado en el miedo a la confrontación y la consecuente pérdida de capacidades integradoras de la cultura-.

43 DOSTOIEVSKI, F.M *Los Hermanos Karamazov*. Barcelona: Ed. Penguin, 2010, p.189.

que es una víctima. Los muros de la prisión son invisibles para ella. Se cree libre. Su falta de libertad solo se manifiesta a otros. Es una servidumbre estrictamente objetiva⁴⁴.

En efecto, esta sociedad baila al ritmo triunfante de ¡Viva la libertad!, en un grito desesperado de lo que es en realidad un anhelo de la misma. Con todo, la verdadera libertad vendrá de la mano de un lenguaje estructurado por conceptos que sean lo que aparentan ser, y no lo que el sistema ha hecho de ellos. Empero, mientras que el relativismo cultural sólo acrecienta la confusión en un mundo “líquido” (Bauman), la recuperación del lenguaje se instaure como tarea indispensable para la construcción de un mundo más auténtico.

Comunicaciones

La revolución tecnológica y de las comunicaciones -reflejo de la reestructuración del espacio- constituye una de las huellas de identidad de la globalización. De hecho, esta revolución, epicentro de los cambios culturales a nivel global, “es la expresión más avanzada de la transformación capitalista en curso”⁴⁵. Nos encontramos, pues, con un mercado que propicia las bases de una compleja arquitectura social donde las comunicaciones y la información aparecen como los nuevos motores de desarrollo.

Partiendo de dicha base, existe la creciente sospecha de que la crisis cultural pueda estar también ligada a dicha revolución; no porque el avance tecnológico sea en sí mismo algo negativo, sino porque opera en espacios guiados por un incontrolable consumismo.

Basta con “entrar” en las redes para darse cuenta de que algo parece no encajar. Uno encuentra un convulso de opiniones sin fundamento ni coherencia; un escenario muchas veces obscuro y vulgar donde se instauran nuevas formas de violencia. En la sociedad del consumo, la cultura del entretenimiento y la productividad no podía sino favorecer el éxito de internet y los *mass media*. Vivimos en un mundo de eruditos lectores de Twitter, Facebook e Instagram, al tiempo que desconocedores de Maquiavelo, Cervantes y Voltaire...

De acorde a la nueva realidad virtual, estaríamos tratando con una plataforma esencialmente democrática que encuentra fundamento en la corporización de la libertad y la igualdad. La *hipercultura* -expresión liberada de toda diferencia- encuentra entonces nuevos espacios donde desarrollarse.

44 HUXLEY, A. *Nueva Visita a un Mundo Feliz*. Barcelona: Ed. Seix Barral, 1984, p.161.

45 BRÜNNER, op. cit., p.89.

“Quizá uno de los sectores donde mayormente se perciba el cambio de época sea en el de las mediaciones comunicativas del poder democrático. El gobierno del pueblo, por y para el pueblo ha devenido, básicamente, en un asunto simbólico. Las decisiones generan señales; los decidores se mueven en medio de climas de opinión. Ciertamente, el poder depende de la comunicación y ésta genera, a su vez, sus propias formas de influencia”⁴⁶. En la misma línea, Brünner continua afirmando que “la democracia de élites pasó a ser democracia de masas; ahora, ésta va en curso hacia una democracia de públicos”⁴⁷.

El neoliberalismo, tan oportunista como siempre, no duda en convertir las redes en terreno idílico para la manipulación y la impostura; para la creación de miedos e incertidumbres. “Las unidades con mayor poder son aquellas que constituyen fuentes de incertidumbre para las demás. La manipulación de la incertidumbre es la esencia de lo que está en juego en la lucha por el poder y la influencia en cualquier totalidad estructurada”⁴⁸.

Siendo realistas, el progreso se hace difícil en una plataforma que no ha sido diseñado para la alta, sino para la baja cultura. Sin perjuicio de aquellos individuos que utilizan las redes a favor del progreso -que es precisamente lo que desde aquí se pretende impulsar- la generalizada tendencia a la barbarie y la vulgaridad despierta cierta repulsión e indignación. “La era de la compresión espacio/tiempo, la transferencia desinhibida de la información y la comunicación instantánea, es también la de una ruptura casi total de la comunicación entre las élites cultas y el *populus*”⁴⁹.

En la estructura horizontal, abierta y anti-jerárquica de estas plataformas, el derecho a opinar y a transmitir informaciones no se gana, se tiene. Parece que se olvida la responsabilidad que supone pronunciarse en un espacio público tan influyente como éste⁵⁰.

Por añadidura, la adoración de lo audiovisual aparece ligado a mentes insípidas que han perdido toda capacidad crítica; mentes no entrenadas para

46 *Ibíd.*, pp.88-89.

47 *Ibíd.*, p.111.

48 BAUMAN, *op.cit.*, p.47.

49 *Ibíd.*, p.133.

50 Uno de los campos en los que se ve plasmada la falta de responsabilidad del individuo actual es en el mal uso de los derechos. De acuerdo a Tocqueville, “después de la idea de la virtud, yo no conozco idea más bella que la de los derechos, o más bien, ambas ideas se confunden. La idea de los derechos no es otra cosa que la idea de la virtud introducida en el mundo político”. TOCQUEVILLE. *De la démocratie en Amérique*. I, 2. Parte, cap. VI. Citado por GARCÍA DE ENTERRÍA, E. *La Lengua de los Derechos. La formación del Derecho Público Europeo tras la revolución francesa*. Navarra: Ed. Aranzadi, 2009. Sin embargo, ese gran avance para la humanidad que supone la lengua de los derechos, se convierte en una lacra cuando éstos se ejercen con una libertad carente de toda responsabilidad.

reflexiones profundas que requieran de cierto grado de abstracción. “El homo sapiens es sustituido por el homo videns: un hombre que pierde la capacidad de abstracción es *eo ipso* incapaz de racionalidad para sostener y menos aun para alimentar el mundo construido por el homo sapiens”⁵¹.

En conclusión, la globalización cultural no puede entenderse sin este nuevo mercado en el que se produce un continuo traspaso de información y se engendran nuevas formas de conexión -que no vinculación humana⁵²-. Si bien es cierto que la revolución de las comunicaciones ha traído consigo un avance tecnológico sin precedentes en la historia de la humanidad, “la relación de los media con el juego de identidades a nivel global es compleja y no se deja subsumir, cómodamente, bajo el apelativo optimista de la sociedad transparente”⁵³.

En todo caso, no conviene hacer de estos avances nuevos culpables y enemigos, sino aliados de un tiempo de mejora. La solución no pasa por alejarse de la contaminación ante el miedo a contagiarse, sino en la disposición de querer cambiar las cosas a pesar del riesgo que conlleva. Es más, el enorme poder de influencia de estos espacios constituye una oportunidad para expandir los valores e ideales de progreso humano.

Ergo, las élites deben fomentar la movilización en aras de la recuperación de una cultura que anhela finura y elegancia. Siguiendo la doctrina cristiana, no son mejores para superponerse sobre la miseria del resto, sino para servirles aún con más ímpetu. Supone, por tanto, una responsabilidad moral que, guiada por un sentimiento de fraternidad, encuentra su fuerza en una visión inspirada en la elevación humana.

¿No es acaso lo que tanto ansían? ¿Por qué no utilizar un instrumento válido para ello?

Ámbito educativo

Los principales factores vistos hasta ahora -relativismo cultural, nominalismo radical y comunicaciones- influyen directamente en el campo de la educación. En consecuencia, el sistema educativo, portador y transmisor de la cultura, viene experimentando un manifiesto declive. Ello queda agravado en cuanto que -como ya ha sido señalado arriba- el capitalismo post-industrial encuentra su fuerza en las transmisiones, el conocimiento y la informa-

51 SARTORI, G. *Homo Videns. La sociedad teledirigida*. Madrid: Ed. Taurus, 1998, p.146. Citado por BUENO, op. cit., pág.107.

52 Reflexión inspirada en BAUMAN, Z. *Amor Líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Madrid: Ed. FCE, 2005.

53 BRÜNNER, op., cit. p.185.

ción. “El aforismo de Bacon ‘el conocimiento es poder’ supone un reflejo de esta creencia en la productibilidad del mundo”⁵⁴.

De hecho, el concepto de conocimiento queda desvirtuado y sometido a un profundo utilitarismo; “sustrahe la interioridad de la cultura, transformándola en hipercultura”⁵⁵. La educación se convierte en un aliado más de un mercado guiado por las éticas del capitalismo en fase de expansión. Como objeto de especulación económica, se consume la educación, se consume la cultura. Se ha embrutecido, ha olvidado como pensar y educar. “Mientras que la antigua formaba, la nueva simplemente condiciona. En una palabra: la antigua era una especie de propagación: hombres que transmitían humanidad a otros hombres; la nueva es simplemente propaganda”⁵⁶.

La dinámica de enseñanza queda entonces sujeta a los patrones temporales y estructurales de la lógica del mercado, de manera que ésta queda mecanizada y restringida en calidad y contenidos. Sin embargo, no es de extrañar que el papel del sistema educativo haya perdido la autoridad y el prestigio que toda sociedad de calidad reconocería *ipso iure*.

La cultura de la competitividad y la comparación han hecho de la educación una microindustria que se ve plasmada en un feliz *business*. Apoyada en esta industria, la hipercultura se retroalimenta de manera continuada con la abundancia de informaciones. Pero, paradójicamente, hay demasiada información y poco conocimiento, poca experiencia estética dotada de sentido.

Esta ausencia de sentido, de narratividad en el ámbito educativo, es otro de los efectos de la fragmentación del tiempo. “Sólo esta limitación de los horizontes temporales hace que el conocimiento se abra a la comprensión. Esta ampliación temporal también distingue la comprensión de la información, que en cierto modo esta vacía de tiempo, o es intemporal en el sentido privativo. A partir de esta neutralidad temporal, la información se deja almacenar y emplear a voluntad. [...] La borradura de la memoria, del tiempo histórico, precede a la grabación de la información”⁵⁷.

Ello fuerza al alumno a emplear la memoria como el instrumento principal en una tarea dominada por la lógica de la destrucción creadora (Brünner). Al carecer de un hilo conductor, se arma un “convoluto” de informaciones y acontecimientos que deambulan sin coherencia ni dirección.

El sistema educativo moderno no deja huella en el alumno, solo roza superficialmente. Es decir, no llega a convertir los conocimientos en una ex-

54 HAN, *El Aroma del Tiempo...*, p.33.

55 Id. *Hiperculturalidad...*, p.45.

56 LEWISS, C.S. *La abolición del hombre*. Madrid: Ed. Encuentro, 2016, p. 29.

57 HAN, *El aroma del tiempo...*, p.20.

perencia dinámica de interno progreso. En su lugar, se agota cada curso educativo en ese largo y pesado camino hacia el título que, con suerte, supondrá la definitiva liberación de la etapa formativa. El alumno medio percibe entonces la educación como una prueba más que superar; un estricto y pesado medio para introducirse de manera exitosa en el mercado. ¡Socialmente sería su perdición si no lo hiciese! Pero, ¿dónde queda el juicio crítico? ¿Dónde queda la excelencia humana y académica?

Por tanto, la formación educativa se concibe como un intervalo⁵⁸, y no como un fin en sí mismo orientado hacia un objetivo de crecimiento personal e intelectual. En el ritmo frenético del mundo actual no hay cabida para demorarse en estos espacios intermedios. Por este motivo, no se produce una enseñanza propia; el alumno medio no quiere ni puede demorarse en el camino hacia la excelencia.

Cierto es que todo intervalo es sinónimo de camino, esfuerzo y dolor. Pero también es sinónimo de belleza y progreso. No obstante, el verdadero aprendizaje no existe cuando el individuo posmoderno se niega a abandonar su prepotencia e individualidad. El amor intelectual que implica salirse de uno mismo para entregarse al aprendizaje parece no tener demasiados seguidores. La cultura actual no busca superar el umbral del dolor que engendra el auténtico conocimiento. Dicho en breve, no tiene ansia de trascender.

La señalada tendencia hacia la eliminación de los intervalos -unida a la aceleración y la maximización de la productividad- se ve reforzada por el gigante mediático de las comunicaciones. Especialmente significativa se revela la nueva campaña publicitaria de Red Bull “Más motivación en el trabajo, más tiempo fuera de él”. Este atractivo eslogan evidencia que el hombre medio no aspira a la romántica idea de amar y dominar un arte, sino que prefiere obtener el conjunto de conocimientos técnicos necesarios para hacer de su profesión una estricta fuente de ingresos.

El trabajo ya no es protagonista de teorías sobre la emancipación humana. Ya no refuerza la voluntad, ya no entrena la disciplina, ya no eleva al hombre. Antes bien, queda sometido a la mecanización y a la rutina como esa nueva forma de militarización (económica) de la sociedad. La danza del mundo ya no es encabezada por artistas, sino por tecnócratas. Sometidos a la máxima de la productividad, ignoran la belleza de un arte que nunca llegarán a conocer. Pero, ¿acaso el que ama algo desea explotarlo? ¿Es que es un acto de emancipación y progreso la propia explotación de la cultura? ¿Qué es lo que ha propiciado la devaluación de la calidad educativa en esta crisis cultural?

⁵⁸ Extrapolación a partir de las reflexiones de Han en el citado libro, *El aroma del tiempo*.

Por lo pronto, la educación ha sido atacada desde dos frentes principales: el triunfo del capitalismo liberal en su tendencia neoliberalista y la caída de las humanidades.

Siguiendo el orden propuesto, cabe recordar como el derrumbamiento de los regímenes comunistas de la Europa del Este en 1989 y el posterior derrumbamiento en 1991 de la Unión Soviética y de Yugoslavia parecieron consagrar el triunfo del capitalismo liberal. “Otros hechos parecían favorecer la tesis: la caída en 1974 de las dictaduras griega y portuguesa, que se remontaba a 1926; la muerte de Franco en 1975 y la transición democrática en España; el restablecimiento de la democracia a lo largo de la década de 1980 en Uruguay, Argentina, Perú, Bolivia, Brasil...”⁵⁹.

Estados Unidos se alzaba como el nuevo dominador de un nuevo panorama mundial regido por la neolengua del capitalismo. Desaparecido el marxismo -la única ideología con un final utópico feliz- el capitalismo democrático comenzó su expansión global. “La izquierda, desprovista de una narración ideológica y desprovista de lo que se consideraba el núcleo de su base social, se ha convertido en una especie de huérfana tras la engañosa raíz de 1989”⁶⁰.

Debido a la pérdida de la tensión dialéctica, el mundo era ante todo, e iba a seguir siéndolo, un desorden, una pluralidad de situaciones en una realidad política y cultural en vías de reestructuración. Europa no quedó al margen, lo que agravaría radicalmente la grave crisis identitaria y cultural que ya venía padeciendo. Pero la ilusión democrática de 1989 tuvo también mucho de espejismo. De acuerdo con Kieslowski “lo conseguimos todo, pero para mí, lo conseguido ha resultado ser una sátira de nuestros sueños”⁶¹.

En lo que respecta al ámbito cultural, “Europa Occidental era una sociedad abierta y plural pero también, una sociedad sin verdades absolutas, marcada por el relativismo moral, la fragmentación del conocimiento, la crisis de la cultura humanística y por el triunfo de la publicidad y del consumo (y por ello, de lo banal y lo efímero)”⁶².

Desde entonces, Europa ha sido claramente influenciada por la triunfante y poderosa sociedad estadounidense, cuya visión estratégico imperialista sobre su cultura no desapareció, sino que se vio reforzada tras la guerra

59 Información extraída de FUSI, J.P. *Breve Historia del Mundo Contemporáneo*. Barcelona: Ed. Galaxia Gutenberg, 2013, pp.232-258.

60 JUDT, op. cit., p.146. Ahora, la izquierda centra el foco en temas como el cambio climático, la ideología de género, los derechos sociales de tercera generación...

61 Cita de JUDT op. cit., p.141.

62 FUSI, J.P op. cit., p.247.

fría. La democracia y el pluralismo pasaron a ser entonces el consenso político básico de Occidente, lo que afectó también en el ámbito educativo.

En este ámbito, el Canon de la cultura occidental -afirmación de autoridad y jerarquía cultural- pasaría a ser reemplazado por la negociación y el acuerdo entre académicos. “La legitimidad tradicional del corpus de textos es sustituida así por un acto de legitimación basado en el consenso, que debe hacer posible una mayor variedad y la incorporación de tradiciones culturales diferentes en un pie de igualdad”⁶³.

Por añadidura, el Canon occidental ha cedido ante las voces que lo criticaban ferozmente por varios motivos: exclusión de las demás tradiciones culturales, imposición de una visión hegemónica y colonialista, contenidos implícitos de racismo, patriarcalismo e imperialismo... Pero, ¿desde cuando la reafirmación de lo propio supone la necesaria exclusión del diferente? ¿Es que acaso no es legítimo para una cultura el estudio de las luces y las sombras de propia tradición? ¿Es la cultura más elevada en un mundo donde el alumno medio no sabe la historia de su propio país?

La realidad es que, ante la imposibilidad de abarcarlo todo, el moderno sistema educativo acaba por no abarcar nada. Contiene más mundo que nunca, pero no alcanza a comprenderlo ni conocerlo. Por ello, parece lógico que los contenidos, antes de sumergirse en el conocimiento de otras culturas, estén orientados primero al dominio de lo propio. Es decir, primero lo local, después lo global. Ello no persigue la exclusión de lo externo ni se fundamenta en ideales nacionalistas.

Por el contrario, busca construir una identidad sólida que sea capaz de afrontar los retos de integración a nivel global. “Un gran poeta, que ha amado y ha sido bien educado en su lengua materna, puede introducir también grandes modificaciones en ella, pero sus cambios en el lenguaje están hechos con el espíritu propio del lenguaje: actúa desde el interior”⁶⁴.

Para una identidad bien formada, rellena de sustancia, el diferente no es una amenaza, sino una oportunidad de enriquecimiento. Goza de una estabilidad que le impulsa a reaccionar de una manera positiva y serena ante la diversidad. Es decir, para este tipo de identidades, el diferente pasa de ser enemigo a complementario⁶⁵. Como ya proclamó Bauman, “cuanto más fuerte es la nave, menor es el temor a las mareas y tempestades”⁶⁶. Ahora bien, la gran pregunta que nos acecha es cómo evitar un hermetismo invo-

63 BRÜNNER, op. cit., p.89.

64 LEWISS, op. cit., pp.51-52.

65 Inspirado en el discurso realizado por Adolfo Suarez en los Premios Príncipe de Asturias 1997.

66 BAUMAN, *Globalización...*, p.113.

lutivo, cómo llevar a cabo un proceso de convivencia e integración en una sociedad compleja y global.

Siguiendo de nuevo el código cristiano, la cultura debe guiarse por una actitud integradora. No obstante, ¡por supuesto que hay límites y fronteras! ¡Hay identidades y naciones diferentes! ¿No es acaso esa la verdadera diversidad que otorga belleza a la obra de la humanidad?

Primordial es comprender que no se trata de construir una identidad fragmentada que satisfaga la tendencia homogeneizante actual, sino de componer una cultura global a partir de la propia identidad de cada pueblo. Una esta guiada por la lógica del mercado, la otra por la idea universalista. Una incentiva ruptura, la otra integración.

Pasando ahora al segundo factor mencionado, cabe destacar como la ‘caída’ de las humanidades se constituye como causa directa en el deterioro del sistema educativo. Perpleja, esta rama ofrece resistencia frente a la inconcebible adaptación a un mundo que pretende relegarla a un segundo plano. Para el sistema actual, la cultura humanística es percibida como un estorbo que debe ser controlado. Supone un freno, un obstáculo⁶⁷. No sirve incondicionalmente a los objetivos del sistema, sino que lo analiza y lo cuestiona.

Ante el temor a perder el poder, el capitalismo neoliberal pretende eliminar todo lo que dificulte su perpetuación y expansión. “Ello es así porque la política oficial de los regímenes autoritarios es una fachada para la legitimación del poder desnudo: soslayarla es en si mismo un acto político de oposición radical”⁶⁸.

En efecto, su prestigio ha caído notablemente, y en su lugar se ha instaurado el falso salvador de la tecnocracia que trajo consigo la Modernidad. La racionalidad instrumental que la caracteriza se ha encargado, entre otras cosas, de crear una conciencia colectiva en la que se ha interiorizado la falta de validez ante lo que no sirve instantáneamente a nuestros deseos.

Esta racionalidad instrumental -evidentemente apoyada por la tecnificación- resulta de gran utilidad para gobernar una sociedad destinada a engrosar las arcas económicas del Estado y condenada al debilitamiento del juicio crítico. Todo se resume a números, a cálculos que ansiosamente buscan resultados sin importar la naturaleza de los numeradores o denominadores. Con la tecnificación, con la idea de que lo eficaz se resume a las ciencias empíricas para garantizar una realidad segura con soluciones predecibles, se establece la relación “inmutable” entre ciencia y carácter absoluto.

67 Y no sirve para aumentar el PIB.

68 JUDT op. cit., p.158.

Cuanto menos erróneo, el concepto de ciencia nace en realidad como un intento de la Filosofía de cubrir un campo en concreto respecto a la limitación del saber humano. Si bien el progreso humano es compatible con la evolución técnica y tecnológica, las ciencias no deben someterse a los intereses económicos del sistema. Es más, como fuerzas vivas portadoras de un gran potencial, deben asumir su responsabilidad para con la humanidad. En base a ello, no cabe defender la absolutización de las humanidades, sino la búsqueda de la armonía de un sistema mejorado a través de la correcta colocación de sus piezas.

Por otra parte -y como consecuencia de los dos factores anteriores- es importante aludir a la acusada pérdida y/o transformación de referentes que afecta directamente al nivel cultural. El hombre medio ha perdido la capacidad de selección de lo importante, al igual que ha perdido la capacidad de distinguir la calidad de la vulgaridad.

Ya no son grandes figuras de la historia las que inspiran a las nuevas generaciones. El criterio ha cambiado: no se escoge un referente por sus méritos o por su calidad humana, sino por su influencia mediática, su imagen y su estatus social. Pero no se debe incurrir en el error de pensar que no existen ya individuos de gran calidad que sean dignos de ser verdaderos referentes. Por desgracia, éstos son tapados por otros con rasgos hoy más atractivos. Las élites intelectuales han sido sustituidas por las élites mediáticas. Es decir, personajes extravagantes y actualísimos que suelen ser auténtico reflejo del sistema. ¿Qué cabe esperar de una generación que hace de dicho prototipo su dios?

Desde luego, no esperemos ni obediencia ni respeto a la autoridad -especialmente cuando sus alabadas estrellas mediáticas no pueden ni sostenerse a sí mismas-. Ante la falta de ejemplares que inspiren a rellenar ese vacío que tanta angustia vital les produce, el sujeto posmoderno se convierte en su propio referente. Se guía a sí mismo, se sirve a sí mismo, se adora a sí mismo. No se somete a Dios ni a la verdad, no se somete a nada ni nadie. Esclavizado de su propio mundo e intereses⁶⁹, y encerrado en su propia soberbia, no es capaz de entregarse para amar y conocer algo en profundidad. Las ideas de comunidad, lealtad y compromiso quedan asociadas a un amenzador constreñimiento de la libertad. Ya no ama sin medida, ya no lucha sin medida⁷⁰. ¿Dónde ha quedado el amor a la patria, la obediencia a Dios y el afán por el progreso humano?

69 Fuente de una insoportable soledad que se intenta superar con el escudo del constante ruido.

70 Este patrón generalizado de comportamiento -propio de la sociedad de consumo- queda extrapolado a todos los niveles estructurales de la sociedad. El mismo oficio de la política se ha visto desvirtuado sobre una fórmula democrática que, liderada por las manos erróneas, ha pervertido la nobleza y grandeza de su misión. España misma contempla dolida como, una vez

En fin, la cultura deja entonces de percibirse como ese apasionante viaje en el que nada de lo humano es ajeno a los humanos. "Se ha desarrollado una universalidad distinta de la cristiana que realmente ha penetrado hasta los confines de la tierra; la unidad de la cultura técnica que se impone por el poder de su capacidad y sus éxitos. Pero se trata de una universalidad -la de la modernidad del capitalismo global- que es destructiva del tejido cultural histórico por su modo de concentrar el poder y de utilizar la tierra"⁷¹.

No obstante, parece que el hombre se encuentra en un estado de aturdimiento que le impide frenar la dinámica destructiva en la que se encuentra inmersa la civilización. Quizás le haga falta un choque frontal para despertar, o quizás sea lo suficientemente inteligente para anticiparse y adoptar un discurso nuevo que dé estabilidad y armonía al mundo.

¿Seremos capaces de unirnos y buscar soluciones efectivas? ¿O esa unión llegará como forzada reacción ante la desesperada tarea de arreglar el desastre?

Epílogo

En síntesis, la falta de responsabilidad moral para con la verdad y la cultura destierran del corazón del hombre el deseo por la lucha de su recuperación. Como se ha señalado anteriormente, los atributos propios del sujeto posmoderno son tan sólo mero reflejo del estado de confusión general provocado por las contradicciones inherentes a las nuevas fuerzas que mueven el mundo.

La globalización, como fenómeno intrínseco al capitalismo liberal, trae consigo profundos avances en diversos ámbitos, mientras que experimenta un retroceso respecto a lo esencial. En todo caso, es innegable que el alma herida del mundo reclama orden, estabilidad, integración, sentido, narrativa... No siendo tarea fácil, es fundamental que el hombre se pare y se alie con la naturaleza.

Contemplará entonces una realidad que emite un clamor desesperado por el restablecimiento de un centro que una y no desintegre. Ello provo-

más, la mediocridad ha ganado el pulso a la excelencia. El país se ha hecho menos elitista y más populista; la marca España ha sustituido al proyecto España. ¿Cómo si no explicar malformaciones democráticas tales como un Presidente del Gobierno que busca empedernido el diálogo con aquéllos que quieren romper la nación? Sin embargo, ello no es sino una muestra más del estado del nivel cultural de la nación. Acudiendo una vez más a Ortega, "lo decisivo en la historia de un pueblo es el hombre medio. De lo que el sea depende el tono del cuerpo nacional [...] Por eso lo importante es que el nivel medio sea lo más elevado posible. Y lo que hace magníficos a los pueblos no es primariamente sus grandes hombres, sino la altura de los innumerables mediocres. ¡Qué le vamos a hacer!". ORTEGA Y GASSET. *Estudios sobre el amor...*, p.166.

71 BRÜNNER, op. cit., p.238.

caría, además, la restauración de un tiempo dotado de sentido, y la consecuente narratividad que reclama la historia. Por consiguiente, la cultura sería por fin liberada del relativismo y del nominalismo radical, lo que ha su vez propiciaría la superación de las crisis identitarias y los conflictos derivados de éstas.

Por tanto, urge la creación de un nuevo discurso que aporte un enfoque positivo y constructivo: rico en acción y no en reacción, en anticipación y no en reparación. No se necesitan más parches que tarde o temprano dejen al aire libre una herida empeorada, sino una solución que abrace el dolor y la alegría de la cura real.

En base a toda la argumentación expuesta, este ensayo propone como solución el impulso de un discurso universalista basado en la doctrina cristiana. Objetivamente, el código cristiano es portador de todos los valores que impulsan al hombre y a las culturas hacia su elevación. Si bien es cierto que la Iglesia Católica, como institución humana, ha podido errar gravemente a lo largo de su historia, también puede aportar mucha luz al futuro. Así, es preciso una Iglesia que asiente virtud sobre las naturales degeneraciones del sistema.

Dicha tarea, entusiasta cuanto menos, requiere una fuerza y unión especial, cuyo cumplimiento no quiere hacerse esperar cuando se cree firmemente que “la hora del valor marca nuestros relojes y él no nos abandonará”⁷².

Conclusiones

Para terminar de manera adecuada, es dable exponer a modo esquemático las conclusiones del presente ensayo:

- La globalización, en expansión desde el fin de la guerra fría, se configura como fenómeno inherente a la cultura posmoderna. En este contexto, el orden mundial experimenta transformaciones sin precedentes que, guiadas por la lógica del sistema capitalista liberal, influyen de manera directa en la reestructuración del tiempo y el espacio.
- La cultura posmoderna -reflejo del espíritu de la época- enfrenta una grave crisis que se deja sentir en todos los niveles de la sociedad. La verdadera raíz de esta crisis cultural se encuentra en la pérdida de un centro estabilizador -tras la muerte de la teología y la teleología- que fomente orden, estabilidad e integración; así como en la derivada fragmentación del tiempo -causante de la falta de narratividad y sentido-.

72 AJMÁTOVA, Anna. *Réquiemy otros Poemas*. Consultado en: <http://files.bibliotecadepoesiacontemporanea.webnode.es/200000136-38db739d54/Ana%20Ajmatova%202.pdf>

- Por otro lado, las consecuencias más significativas pueden asociarse principalmente con el relativismo cultural, el nominalismo radical, las crisis identitarias (y los conflictos derivados de éstas), el mal uso de las comunicaciones y la decadencia cualitativa del ámbito educativo. Enumeración sintomática que es fruto de la perversión de un sistema que, guiado por los valores y principios erróneos, hace de su propia perpetuación y expansión el principal objetivo.
- Frente a la problemática expuesta, se requiere la alianza del hombre con la naturaleza, de manera que asuma su fragilidad y ejerza la responsabilidad que de manera privilegiada ostenta para con la Creación. El impulso del código cristiano -apoyado en una Iglesia a la altura de los tiempos- aparece como una solución efectiva en la construcción de un discurso universalista basado en el progreso de la especie humana y la consecuente elevación de las culturas.